

Luis Galdames.

El nuevo espíritu universitario



N 1893 la Universidad celebraba el primer medio siglo de su existencia, con el afianzamiento de la educación humanística o liberal en el grado secundario de los estudios. Era éste un avance de suma trascendencia, en cuanto a la difusión de la cultura científica y a la renovación espiritual del país: pero lo era mucho más respecto a los estudios superiores, que constituían la función propia de sus aulas. A ellas vendrían pronto los estudiantes del liceo con un sentido ya formado, acerca del valor de las ciencias en sus relaciones con la vida; el criterio emancipado de las trabas dogmáticas que pugnaban aun por abrumarlos, recibiría la enseñanza universitaria como una confirmación de las verdades adquiridas en la etapa de la adolescencia; y los profesionales futuros saldrían a la acción dotados de una mentalidad libre de prejuicios, estimulados por el saber y estimuladores a su turno de cuanto significara una conquista espiritual. La evolución progresiva de la sociedad, en todas sus manifestaciones, tendría en ellos una fuerza de impulso y un auxilio en sus horas de prueba. Tales eran las proyecciones de aquella reforma en el concepto de sus autores.

Al frente de ellos seguía, como en jornadas ya memorables, Diego Barros Arana, con los mismos ímpetus de lucha. Entonces su campo había sido el Instituto. Ahora regía la Universidad. Mera ampliación del horizonte porque en aquel tiem-

po el Instituto y la Universidad poco menos que se confundían. Pero esta vez el ambiente era distinto. Actuaba una nueva generación y en ella los elementos adictos a la enseñanza liberal eran más numerosos, más decididos y más fuertes. El mismo no era extraño a la génesis de su disciplina mental. Ya se le llamaba «el maestro»; y eran justamente sus discípulos los que lo habían llevado a aquella posición. Su concepto de la renovación universitaria, que empezaba por afianzarse en el liceo, era bien claro. En el transcurso de medio siglo, la corporación había realizado una labor muy digna de aprecio. A pesar del ambiente hostil a la investigación y al estudio, en que dió sus primeros pasos, había conseguido sobreponerse en mucha parte a él, modificarlo, corregirlo, depurarlo, con la lentitud con que esta clase de obras se verifica siempre; pero ya podían percibirse y comprobarse los resultados de esa acción. Sin embargo, ¡cuánto no quedaba por hacer! Durante ese medio siglo, las ciencias habían verificado un avance prodigioso, principalmente las biológicas y las sociales; ellas tendían a constituir un nuevo tipo de cultura, las verdades descubiertas y aun las hipótesis formuladas componían un conjunto de adquisiciones de cuyo conocimiento ningún hombre ilustrado podía prescindir; la Universidad de Chile tenía desde ahora señalada así su misión: asimilar las nuevas ciencias, someterlas al crisol de su propio criterio y difundir sus verdades en todas direcciones, para hacerlas penetrar en todas las mentes y levantar la cultura y la postración moral del país. También era necesario que esto se hiciera para borrar los vestigios de aquel pasado que había vivido en perpetua guerra con la civilización y que todavía levantaba el polvo de sus ruinas para ensombrecer el desarrollo social. Sólo así llegaría la República a tener un puesto digno entre las naciones. Con fe de apóstol en el poder de la inteligencia y de los métodos científicos, ante un gran público exclamaba: «La ciencia, señores, prepara todos los maravillosos inventos de la industria que desarrollan la riqueza pública y au-

mentan nuestro bienestar. Destruyendo errores de todo orden, habituándonos al trabajo de observación, y enseñándonos a guiarnos por ésta desarrolla y fortifica nuestra razón, da firmeza y corrección a nuestros juicios, eleva nuestro carácter y enaltece nuestros sentimientos, haciéndonos superiores a las miserias y a las contrariedades de la vida. La ciencia, por fin, más que todas las otras manifestaciones de la actividad humana, engrandece a los pueblos en el presente, ante el consorcio de las naciones y les conquista para más tarde la gloria en los fastos históricos de la humanidad».

He ahí vivo y palpitante el nuevo espíritu universitario. Lo encarnaba y lo expresaba un hombre que había agotado su vida en el estudio y en la investigación; lo hacía vibrar desde la más autorizada tribuna de que pudiera hablarse y en el más alto cargo que un hombre de su temple pudiera ocupar; y parecía que, con su actitud desenfadada frente a los prejuicios tradicionales, hubiese querido deslindar el momento en que la corporación se despojaba de toda condescendencia y de todo convencionalismo con las reservas de los viejos claustros. No había hablado así ninguno de sus antecesores, desde diez años atrás. Jorge Huneeus, José Ignacio Vergara y José Joaquín Aguirre, por más que les hubiese animado un pensamiento semejante y por más que la corporación debiese a sus desvelos muchos adelantos de que se lisonjeaba. El ambiente social cohibía; y quizá si aún aquel tono era imprudente.

En efecto, las mismas fuerzas que medio siglo atrás miraron de reojo a la institución que nacía y que luego intentaron asfixiarla, negándole todo recurso, se conjuraron ahora para esterilizar las iniciativas del Rector. Como se sabe, conforme a la de 1879, la Universidad disfrutaba de alguna autonomía funcionaria en lo docente y administrativo. Su autoridad directiva, el Consejo de Instrucción Pública, garantizaba hasta cierto punto esa situación autónoma; pero el Consejo se integraba con representantes del Ejecutivo, como hasta en la elección de

Decanos se hacía política y como la Universidad carecía de recursos propios y debía recibirlos de los presupuestos fiscales de cada año, resultaba que las querellas de los partidos y sus combinaciones de gobierno iban a repercutir con frecuencia en la serenidad de las aulas e influenciaban la orientación de los estudios.

Uno de los más vivos anhelos manifestados por la opinión que llevó a Barros Arana al rectorado de la Universidad, fué precisamente mantener esa autonomía con la mayor amplitud posible, hasta llegarse a decir que el Ministerio de Instrucción Pública debía pronto considerarse trasladado de la Moneda (donde en aquel tiempo funcionaba) a la casa universitaria. Nada parecido ocurrió, sin embargo, porque el régimen político no lo permitía; y la acción del Rector y sus amigos se vió siempre entrabada por el influjo de los concitantes exteriores, que se hacía sentir aún en el consejo.

Otro gran anhelo consistía en reformar la organización universitaria, para encauzarla en el nuevo rumbo netamente científico. Parecía necesario y lógico amputarle uno de sus miembros tradicionales, falto en absoluto de actividad docente en los estudios superiores, como era la Facultad de Teología. Tampoco este anhelo se verificó. La Facultad de Teología continuó incorporada a la estructura universitaria hasta por treinta años más. Sólo la reforma de la enseñanza secundaria prevaleció. Pero el normal funcionamiento de la corporación no se vió perturbado, a pesar de que la pasión política se ensañó contra ella, para derribar al Rector iconoclasta de los regímenes docentes de otras épocas. La corporación mantuvo su prestigio y su influencia. Pero al final de este rectorado se le creó una situación anómala que vino a establecer un precedente, tan funesto como peligroso, en la aplicación de una de las disposiciones de su ley orgánica.

En condiciones muy parecidas a aquellas en que había ascendido Errázuriz Zañartu, a la Presidencia de la República,

en 1871, llegaba al mismo cargo su hijo Federico Errázuriz Echaurren, en 1896. El Partido Conservador áuspició su candidatura y cooperó decididamente a su triunfo. Al año siguiente terminaba el período de cuatro años para el cual Barros Arana había sido nombrado Rector. El claustro pleno lo propuso para un nuevo período. El Presidente de la República nombró al profesor Osvaldo Rengifo, que en segundo lugar integraba por fórmula la terna. Declinó éste el nombramiento y el claustro por segunda vez eligió y propuso a Barros Arana. El Presidente nombró al doctor Diego San Cristóbal, que ocupaba el tercer lugar de la terna y que se vió en el caso de aceptar a solicitud del propio maestro desairado.

Este deplorable incidente no sólo menoscababa la autonomía que la Universidad se esforzaba por merecer, sino que la deprimía como poder moral e incitaba a la política de combate a penetrar en las aulas para someterlas a su capricho; exactamente todo lo contrario de cuánto se trataba de hacer para elevar los estudios a la dignidad de la ciencia; y como si, por una ironía del destino, el pasado hubiese pretendido burlarse del presente, que lo vituperaba con tanto engreimiento, el venerable canónigo, Miguel Rafael Prado, Decano de Teología y el más antiguo entre sus colegas, asumió por ministerio de la ley el rectorado de la Universidad, durante el intervalo de cuarenta días, transcurridos entre las dos reuniones del claustro (27 de junio al 8 de agosto de 1927). El espectro de la Universidad de San Felipe rondaba aún de cuando en cuando por los alrededores de su derruída casa señorial.

Atacar una institución en la persona de su hombre más representativo, con el intento de inferir grave daño a la institución misma, nunca fué una política eficaz; al contrario, muy a menudo fué contraproducente, por las reacciones que estimula para afirmar la personalidad colectiva. La Universidad no era la obra de un hombre, sino de muchos en común; ni aun era la obra de estos hombres, sino el fruto de una necesidad de los

tiempos de un estado de la cultura humana que tenía por órgano la gran casa de estudios, de la cual los que la dirigían no eran más que sus servidores. Al grado de desenvolvimiento que alcanzaba habían contribuido, directa o indirectamente, pensadores de todos los climas; el esfuerzo nacional se había nutrido en las fuentes originales o derivadas de los grandes centros que elaboraban y distribuían el saber: ir en su contra y aplastar a un hombre porque lo exaltaba y difundía, era como si se creyese que con apagar una llama no habría ya más fuego en la tierra. No importaba que a la propaganda científica se la denominase sectarismo y a la ciencia misma, impiedad; las verdades adquiridas mediante la experiencia, la observación y el raciocinio no dejarían por eso de ser menos verdades. Ni siquiera estaban ellas en los hombres, sino en la naturaleza a que se referían; y ninguna voluntad humana podía suprimir su existencia. Era pues, vano empeño el pretender abatirlas en la actuación pasajera de un solo individuo. El criterio superficial con que se emprendía ese intento probaba una vez más la necesidad de la ciencia.

Fué así como, después del tranquilo rectorado del doctor San Cristóbal, se volvió de nuevo a la lucha para afianzar la orientación científica de la Universidad. Aun durante este mismo rectorado, Valentín Letelier había sacudido el ambiente con la publicación en *Los Anales* (1899-1900) de su formidable libro *La Evolución de la Historia*, en el cual asentaba ya la reconstrucción del pasado sobre bases exclusivamente científicas y humanas, después de exhibir los monstruosos absurdos con que las leyendas y las sectas religiosas la habían falseado. Esta obra provocó las polémicas más ardientes y enconadas que libro alguno haya suscitado en Chile.

Pero fué durante el rectorado de Manuel Barros Borgoño, médico de elevada cultura, cuando la corporación universitaria volvió a afirmar, con mayor ímpetu, su tendencia exclusivamente científica. A fines de 1902 se reunía en Santiago el Congre-

so *General de Enseñanza Pública*, a que con debida anticipación su Rector había invitado. Representantes de todas las ramas docentes venidas de las diversas comarcas del país, celebraron entonces una asamblea magna de que no había ejemplo, ni después se ha repetido. Tratábase de armonizar ideas y de coordinar esfuerzos entre todas las personas dedicadas al magisterio, desde el kindergarten hasta la Universidad. Se proclamaba así la unidad de la función docente en concordancia con la unidad de la vida. Y podrían concurrir también cuantos tuvieran algo que decir, alguna crítica que hacer, alguna idea que aportar a la solución de los problemas de la enseñanza pública. Llegaba el momento de adaptar esta enseñanza a las necesidades surgidas en cerca de un siglo de nación. La cultura difundida y la actividad económica acrecentada habían producido una transformación social que imponía la revisión completa del organismo docente. Tal era la misión que incumbía al Congreso. Presidente honorario se proclamó a Barros Arana; Presidente efectivo, al Rector Barros Borgoño.

Se empezó por hacer allí la cuenta de los resultados obtenidos en el laborioso desenvolvimiento de la estructura educacional del país. Fué un balance consolador. Las mayores dificultades estaban vencidas. El camino recorrido era inmenso si se miraba hacia atrás, a una época todavía reciente. Las ciencias habían logrado ocupar amplio sitio en todas las ramas de la educación; y ya la repugnancia con que se las miró en el comienzo desaparecía, por lo menos entre las personas de mediano valer intelectual. Tan lisonjeras impresiones eran la verdad, como estas mismas páginas lo han venido constatando. Pero aquellos educadores fervorosos no vacilaban en expresar a la vez que la meta quedaba todavía muy distante y que su obra coordinadora del momento, apenas si sería el programa de la próxima generación. Tan lento y trabajoso era el avance en esta selva oscura de la ignorancia, de las preocupaciones y de la inopia mental, que agobiaban a la masa del pueblo, por cau-

sa de un abandono que había durado siglos. Ni aun las clases superiores podían considerarse en un estado mucho mejor, porque también entre ellas las taras hereditarias opuestas a cualquier género de cultura repercutían en las condiciones económicas y morales de la sociedad entera.

Cada una de las secciones en que el Congreso repartió sus trabajos, en concordancia con las diversas ramas generales y especiales en que los servicios de la educación se dividían, realizó un imponderable esfuerzo de estudio, con conocimiento cabal de sus problemas y con una independencia de criterio que parecía ser el fruto de mentalidades formadas al calor de la libertad espiritual que prevalecía en las grandes naciones. El profesorado, tanto antiguo como nuevo, aun el que poco tiempo antes había dejado las aulas profesionales, mostró un vigor mental sorprendente y una preparación de solidez indiscutible. Podemos afirmarlo con conocimiento de causa, no sólo por las publicaciones de actas y trabajos, sino, más que eso, porque tuvimos la suerte de ser espectadores de aquel gran torneo.

Desde el punto de vista del espíritu científico, las declaraciones fueron ahora precisas y rotundas, y el auditorio las recibió, en cada oportunidad con manifestaciones de unánime asentimiento, y aun a veces con ovaciones frenéticas. Barros Arana, Barros Borgoño, Espejo, Varas (Luis), Valentín Letelier, y algunos más alzaron la voz en este sentido. Acaso sea mejor que el tiempo de que disponemos no nos permita sintetizar los pasajes característicos de aquellas memorables arengas y que nos veamos obligados a reproducirnos textualmente para completar nuestro relato. Así la vibración de la palabra hablada se diluirá menos en el oído del lector. La más alta personalidad de la asamblea era Barros Arana, ya a la edad proveya de 73 años; pero aun dispuesto a combatir.

«Se sabe—dijo—que todas o casi todas las grandes verdades científicas, las más sorprendentes conquistas del genio del hombre, han sido por largo tiempo resistidas como heréticas,

en nombre de tales o cuales creencias, y que esas resistencias se han manifestado por persecuciones a veces atroces. No se crea que la luz esplendorosa de nuestro siglo a puesto fin a esas persecuciones que parecen ser la obra de edades ya lejanas. Hechos relativamente recientes, ocurridos en pueblos muy adelantados, enseñan que ese mal no ha llegado a su término, y casi excusan los actos análogos, verificados en países menos cultos. Hace pocos meses la prensa anunciaba que una República hermana había sido destituido un profesor porque enseñaba a sus alumnos la teoría biológica de la evolución. Persecuciones de esta naturaleza, intentadas también en otro tiempo en Chile, son hoy imposibles aquí. Se pronuncia contra ellas de una manera decisiva, la opinión ilustrada del país, y la ley ha reconocido al profesor completa libertad para exponer sus opiniones y doctrinas acerca de los ramos que enseña. Esta saludable independencia, realizando la dignidad y el prestigio del profesorado, importa un progreso inconmensurable en materias de enseñanza».

No paró aquí, sin embargo su agresividad contra toda confesión dogmática. Valorizaba él la ciencia tanto por sus virtuales creadoras cuanto por sus proyecciones morales. El positivismo de Littré más que el de Comte había esparcido ese concepto en Chile, en el último tercio del siglo XIX, y a él adherían, de modo consciente o reflejo, los intelectuales universitarios de cierta calidad. El maestro aprovechó la coyuntura que le presentaba un debate de sesgo religioso, para hacer una de esas declaraciones que causan sacudidas estrepitosas. Se discutía, en la sección de enseñanza primaria, el tema relativo a la educación moral. «con asistencia de seiscientos congresales», dice el acta correspondiente. El debate se deslizó hacia los fundamentos de la moral; y un clérigo de apellido Guerrero afirmó: «Basar la moral en principios de utilidad positiva es desquiciarla y hacerla degenerar en fautora de los mayores crímenes. Así, un individuo que no basa sus sentimientos morales

en la fe religiosa, en el temor de Dios y a sus castigos, puede encontrar en un camino solitario a otro sujeto que trae dinero y entonces dice para sí: «como no me ve la policía y no hay nadie que atestigüe mi delito, mato a este hombre y le robo el dinero, en la seguridad de que no me vendrá ningún castigo».

Barros Arana lo interrumpió en los siguientes términos: «No puedo tolerar que se venga aquí a decir que para ser honrado es necesario ser religioso. Tengo 73 años, y en toda mi larga vida he conocido a muchos hombres eminentes de este país, y hombres que fueron de los primeros en los diversos órdenes de la actividad nacional, que fueron modelos de virtudes públicas y privadas, y que no tenían creencia alguna religiosa. Don Manuel Antonio Matta, ilustre estadista de incorruptible pureza de virtud sólida y de patriotismo sincero, no tenía creencias religiosas. Don Aníbal Pinto, el íntegro Presidente de este país, me declaró a mí que no tenía creencias religiosas. Don Miguel Luis Amunátegui tampoco las tenía. Y los sabios ilustres del extranjero, Darwin, Spencer, Virchow y algunos otros, tampoco tenían credo religioso.

«Yo afirmo que la única moral aceptable, la única que puede formar hombres dignos de una república libre y capaces de grandes empresas, es la moral independiente. La moral independiente, que da al hombre el dominio de sí mismo, sin sugerencias extrañas, es muy superior a esa otra moral que lo liga a religiones sectarias, que le imponen la obligación de confesarse, de comulgar y de ir a misa. en una palabra, de ser hipócrita. Yo sólo acepto la moral independiente, que es la que he practicado durante toda mi vida; con ella he luchado tenazmente por mis ideas, sin que jamás se me haya acusado de falta de honradez, y sin embargo, yo declaro bien alto que no tengo creencias religiosas».

La repercusión de este exabrupto, que estremeció a la asamblea, se extendió a todo el país; y dió margen a polémicas y recriminaciones consiguientes. Señalaba otro aspecto del espí-

ritu universitario. Era la moral científica, social o solidarista, que el ex Rector llamaba «independiente». Era la eliminación de todo credo religioso en las aulas, no por inútil o perjudicial sino por innecesario. Era, por fin, un reto más que desde su refugio universitario, el viejo luchador le lanzaba a la iglesia y que ésta no tardaría en recoger (1).

Luis Espejo Varas, médico cultísimo y Secretario General de la Universidad, era otra de las personalidades de aquel Congreso. Se le oía siempre con interés. En su principal discurso trató de definir el campo propio de cada una de las ramas docentes, a las cuales situó en dos categorías fundamentales: la enseñanza general y la enseñanza especial o técnica. Cada una tenía un valor que le era propio, pero la general era la más importante porque preparaba «al hombre para el hombre» y porque de ella se desprendía una moral social a que contribuían todas las disciplinas de estudio, desde la gimnasia y el trabajo manual hasta la historia, la estética y la filosofía. El fundamento común era la ciencia.

«Nuestra República es joven y vigorosa, terminaba. La anarquía que en todos los pueblos de la tierra mantiene en constante agitación el estado político y mental, apenas descubre entre nosotros abigarradas manifestaciones, que desaparecerán, sin duda, cuando un ideal más puro y definido, y una filosofía más homogénea y más humana vengan a regular los destinos del país. Demos entre tanto a la enseñanza la unidad de miras y de organización que le falta, *infundámosle un verdadero espíritu nacional*, y levantando nuestro pensamiento a una región más alta y más tranquila, dejemos siquiera a las generaciones que han de sucedernos, un campo fecundo y bien sembrado».

(1) Sobre Barros Arana existe una excelente biografía compuesta por Ricardo Donoso. Barros Arana, educador, historiador y hombre público. (Santiago, 1931).

El orador aspiraba a la unidad y la armonía de todos los grados y de todas las ramas de la educación y pretendía fundirlas, para su eficacia realizadora, en un común «espíritu nacional» que tuviese la ciencia por base y la solidaridad por fin. Aspiraba, además, al adiestramiento intensivo de todas las aptitudes para la vida práctica. Insinuaba así un nacionalismo educacional y económico que tendrían por centro a la Universidad; nuevo aspecto del espíritu universitario que despuntaba en aquella asamblea y que no tardaría mucho en manifestarse con empuje.

Barros Borgoño, el Rector, que presidía la magnífica justa de inteligencias superiores, puntualizó al clausurarla el resultado de las labores comunes, en un discurso que entonces fué tenido como un modelo de elevación y dignidad académicas. Después de describir la variedad de materias en que el Congreso se había ocupado, que eran, en suma, «todas o casi todas las cuestiones que se relacionan con el vasto y delicado problema de la educación del hombre», entre otras cosas expresaba:

«Si quisiéramos fijar la fisonomía de este Congreso, podríamos decir que sus tendencias han sido esencialmente orgánicas. La inmensa mayoría de los miembros que han tomado parte en las sesiones generales, como los que han contribuído con sus luces en los debates de las diferentes secciones, han manifestado estas tendencias en forma inequívoca. La idea dominante ha sido que la enseñanza nada gana con la dispersión anárquica de los estudios especiales efectuados en épocas muy tempranas, sino que, por el contrario, existe señalada ventaja, por lo que mira a la acción educativa del espíritu, en consagrar algunos años a enseñanzas que desarrollen las facultades del niño, y no dar a los estudios tendencia utilitaria sino en tanto que esto no perturbe el fin primordial de la enseñanza secundaria».

Señalaba a los maestros sus graves deberes; y por fin, se dirigía a los hombres que participaban del poder político, con

las siguientes palabras. «Incumbe al Supremo Gobierno, que no sólo debe realizar las aspiraciones del presente, sino tener la suprema visión del porvenir, formar una capa social instruída que no sea manejable por los agitadores, que sea capaz de apreciar la distancia que la separa de otra capa social más ilustrada que constituye la clase directiva; hacer todos los esfuerzos posibles por dar a ésta las condiciones de saber y de prestigio correspondientes a su elevada misión; crear, en suma, la jerarquía social basada en la ciencia y en la virtud, únicas aristocracias respetables y respetadas, porque son el fruto del propio esfuerzo y de la propia iniciativa.

«Y a los hombres a quienes el voto popular ha confiado la misión de dirigir los destinos del país, tócales tener presentes las siguientes ideas que expresara hace ya largos años el eminente juriconsulto y educacionista americano Horacio Mann:

«En nuestro país y en nuestros días nadie es digno del título honroso de hombre de Estado si la educación práctica del pueblo no ocupa el primer lugar de su programa de administración. Un hombre puede ser elocuente, conocer a fondo la historia, la diplomacia, la jurisprudencia, y esto sería suficiente caudal en muchos otros países para que pudiera pretender al elevado rango de hombre de Estado. Pero si sus palabras, sus proyectos y sus esfuerzos no se consagran en todo momento a la educación no es ni podrá ser un hombre de Estado americano».

En el fondo, las últimas palabras eran un llamado a la cooperación para el planteamiento de las conclusiones a que había llegado la asamblea. Todas eran soluciones inteligentes y podrían haber sido aplicadas en forma más o menos completa. Por desgracia, los encargados de realizar las reformas no son siempre los mismos que con sus luces las conciben; y así sucedió que muchos de aquellos acuerdos pasaron a la categoría de buenos propósitos. Ello no obstaba, sin embargo, para que allí se mostrase compacto y unido un núcleo numeroso de hombres

ilustrados, cada uno de los cuales era un especialista de acabada preparación que honraba al magisterio.

Esta fuerza social era nueva, representaba la rápida y fecunda expansión cultural de las dos últimas décadas del siglo que acababa de concluir; los hombres que la integraban reconocían en la Universidad el «alma mater» de su formación o de su estímulo, y ahora acudían hacia ella para elevar juntos sus pensamientos más generosos, como pensadores, maestros y ciudadanos, por la regeneración espiritual del país. La corporación abría sus brazos, para estrecharlos a todos en un cordial impulso de perfeccionamiento y de fe en la ciencia y la verdad, y al proceder así, adquiría ella misma la conciencia de su influjo, de su poder y de su obra.

No otros fueron los pensamientos que Letelier expresó en el ágape final que puso término a los trabajos de la asamblea. Recordamos al maestro puesto de pie frente a centenares de circunstantes, cuando les exortaba a perseverar en las elevadas miras que en las sesiones se habían manifestado, y cuando entonaban un himno a la cultura científica, a la libertad del espíritu y a la generación nueva que surgía. Después de una prolongada ovación, los delegados de provincias se dispersaban para regresar, con la sensación de haber participado en un acontecimiento memorable.